

<b>Medio</b>	Revista YA
<b>Fecha</b>	2-6-2015
<b>Mención</b>	Victoria Castro la arqueóloga del Desierto. Es académica de Antropología en la UAH.

# VICTORIA CASTRO

## LA ARQUEÓLOGA DEL DESIERTO

Fue pionera en Chile por interpretar restos prehispánicos por medio del relato hablado de los descendientes de pueblos andinos del Norte Grande y se ha hecho un nombre formando a generaciones de investigadores. Recién galardonada con el Premio Amanda Labarca, revela su gran resiliencia contando cómo la marcó haber perdido a sus padres siendo una adolescente, cómo superó la discriminación y se recuperó inesperadamente de un grave infarto. “La certeza de ser una sobreviviente es muy especial”, dice.

POR MURIEL ALARCÓN LUCO. RETRATO CARLA DANNEMANN.

Sucedió a fines de los setenta. Un grupo de jóvenes recién egresados de la carrera de Arqueología de la Universidad de Chile estaba en Toconce, un poblado a 85 kilómetros de Calama, donde se habían encontrado patrones de asentamiento prehispánico. Estaban ahí estudiando las *chullpas*, unas antiguas torres funerarias levantadas con piedras por pueblos andinos. Casi todos ponían atención a la dirección en que miraban sus ventanas, hacia el cerro.

Pero la entonces treintañera arqueóloga Victoria Castro reparó en otra cosa. Sus ojos se detuvieron en el espacio que se hacía entre dos *chullpas*. No fue necesario excavar tanto. Victoria levantó una piedra y la tierra comenzó a hundirse como agua yéndose por una cañería. Hurgó con las manos, hasta que las encontró: cuatro figuras pequeñas de llamas modeladas en masa de flores silvestres, que tenían en el lomo una hoja de coca y en el cuello una lámina de pirita, parecida al oro.

—Era una ofrenda para los ancestros de ese pueblo andino en las *chullpas*—dice, recordando la escena 40 años después Victoria Castro, hoy convertida en “una figura altamente

respetada en la arqueología de la América Andina”, de acuerdo a la última edición de la Encyclopedia of Global Archaeology.

Entre sus compañeros, Victoria Castro tenía fama de “adivina”. Sabía dónde ir a buscar vestigios.

–Tenía muy buen ojo y muy buen olfato, como de un sabueso. Rastreaba muy bien. Una cosa muy intuitiva. Cuando decía “aquí pasa algo”, ahí había algo –dice el también arqueólogo Carlos Aldunate, actual director del Museo Precolombino. Junto a él y José Berenguer (actual curador del mismo museo), Victoria Castro formó un equipo sólido, que estudió Toconce por diez años.

Les siguieron numerosas investi-

gaciones y múltiples hallazgos en el Norte Grande, en grandes poblados como Turi y en pequeños aleros rocosos, como los de la cuenca del río Ojalar. Sin embargo, hubo algo en esas cuatro figuras que encontró que hoy le siguen pareciendo reveladoras a la arqueóloga.

–Me maravilla que una sociedad sin consumismo pueda llegar a tener una relación tan armónica con su medio –dice-. Detrás de una ofrenda está la búsqueda del equilibrio, que es lo fundamental, y que es lo que hemos perdido.

## UN REFUGIO PARA LAS PENAS

Victoria Castro quedó huérfana siendo adolescente. El primero en

partir fue su padre, Juan Castro, profesor de biología y química, quien murió de un infarto cuando ella tenía doce años. Fue él quien le mostró "el mundo desde la amplitud de miradas". Con esa pérdida "se acabó una forma de vida muy linda" para ella y su única hermana, Nidia, doce años mayor.

-Fue terrible. Mi hermana y yo fuimos como hijas únicas. Como teníamos tanta diferencia de edad, cada una vivió su infancia plenamente con los papás -dice-. Vivía en un hogar de clase media, sin dificultades económicas, donde tampoco se buscaba tener mucho. Éramos felices como éramos. Siempre hubo libros cerca y posibilidades de leer. Bajo la formación de mi

padre, la felicidad de la infancia estaba dada por sentir interés por descubrir cosas. Mi padre había sido un hombre muy feliz, y eso me marcó a mí. Lo veía en su escritorio con los libros que amaba. Quise seguir un ejemplo.

Para pasar la pena, Victoria Castro, quien había ingresado poco antes a un internado, se refugió en la lectura. Recuerda haber leído a Sartre a los 15. Le quedaba medio año para salir cuando murió su madre, Luisa Rojas, de un cáncer al estómago. Victoria tenía 18 años. Vivió los tres años siguientes con su hermana, quien estaba separada y cuidaba a sus tres hijos.

-Ella siempre fue un apoyo intelectual y moral muy fuerte.

Al morir mi madre quedamos con una casita en un buen barrio (Providencia). Vivíamos juntas, estrechas, compartiendo lo que teníamos. El hogar siguió siendo de clase media, pero con pocos recursos económicos. Desde el punto de vista intelectual muy rico. Era profesora de inglés, muy culta y lectora. Me hizo sentir que yo no podía pedir permiso para ir a la esquina porque en esa casa había tres niños chicos. Tuve que saber que era grande. Ella me ayudó en ese proceso de pasar a ser alguien muy dependiente y estar interna, a tener una libertad absoluta.

A los 21 años, Victoria se fue de su casa. Entró a estudiar Filosofía a la Universidad de Chile, donde

recibió una beca completa. Trabajó haciendo encuestas y fue ayudante del Instituto de Educación de la Universidad de Chile. Financiaba sus libros de filosofía con donaciones de la "Liga de estudiantes pobres" y sus anteojos con aporte de "Los Leones de Nuñoa".

–Le tomé hartó gusto al estudio. Además era un escape. Me hacía feliz frente a tanto drama –confiesa–. A veces pasaba frío, tenía poca ropa, pero nada terrible. Además de tener el cariño de mi hermana, tenía valiosos amigos y amigas.

Descubrió la arqueología de forma casual. Mochileaba con sus compañeros de Filosofía en la Patagonia cuando, en la cubierta de un barco, conoció a la arqueóloga francesa Annette Laming-Emperaire, considerada uno de los grandes nombres de la investigación prehistórica francesa. Victoria estaba inquieta en su carrera.

–No era que no me gustara la filosofía. Me pasaba que no me estaba gustando yo. Había aprendido ciertos valores en mi hogar muy sólidos en términos de ser respetuosa con todos y de buscar justicia social –dice–. Me estaba empezando a encontrar pedante. Los estudiantes de Filosofía mirábamos a la gente del Pedagógico como que no estaban preparados para nada. A Annette le dije que me sentía en la estratósfera y admiraba lo suyo porque parecía estar asociado a la tierra y no ser tan especulativo. Ella me dijo que la arqueología era algo apasionante.

Victoria no olvidó esas palabras. De regreso en Santiago, en 1966, tomó cursos de arqueología, porque el pregrado se creó recién en 1970. Una de sus principales mentoras fue la antropóloga Grete Mostny, entonces directora del Museo Nacional de Historia Natural.

–(La arqueología) cada vez me fue gustando más. Fui descubriendo que era tan especulativa como la filosofía. Te podías mover en el mundo de las ideas y de la materialidad, pero no tenías a los personajes vivos que

habían producido esa materialidad. No podías saber lo que ellos veían ni pensaban. Era el lado filosófico de la arqueología.

## TEJIDO DE NARRACIONES

A los 71 años, Victoria Castro –pelo corto y negro, piel morena y tostada por el sol del Norte Grande– trabaja con la agilidad de alguien que tiene la mitad de su edad. Sus colegas dicen que es “incansable”, que se desvive por sus alumnos y que es capaz de pasar la noche en vela revisando memorias de tesis –que en sus más de 40 años de docencia superan las 80–. Los múltiples reconocimientos a su carrera académica lo avalan, siendo el más reciente el Premio Amanda Labarca, que recibió en marzo, y que es entregado por la Universidad de Chile a mujeres que sobresalgan por su dominio de la cultura o su servicio al país.

Quienes han trabajado con ella también dicen que es “dispersa” y “curiosa”. Sus áreas de investigación lo demuestran: de sociedades arcaicas a comunidades modernas, de estructuras sociales a religiosidad, de arquitectura precolombina a comidas tradicionales con productos del norte, de arqueobotánica

y etnozoología a oralidad andina. Victoria puede un día preparar una ponencia para el extranjero sobre el colibrí y al siguiente estar escribiendo sobre sus hallazgos arqueológicos en la caleta pesquera de Cobija, ubicada entre Antofagasta y Tocopilla, su más reciente materia de investigación.

–Nosotros vemos oro donde otros ven peñascos –resume Victoria.

Habla desde el laboratorio que acondicionó en su luminosa casa de varios niveles, diseñada por su marido, el arquitecto Fernando Maldonado –a quien llama “el flaco”–, apostada en una loma en La Reina, donde llegó a vivir a mediados de los 70. Como si fuera la bodega transitoria de un museo, hay ahí apiladas decenas de cajas plásticas que guardan vestigios del pasado en bolsas Ziploc. Hay conchas marinas, cartilagos de pescado, pero también objetos de otras zonas y períodos históricos, como textiles de lana de camélido.

Su especialidad es la prehistoria, y su manera de aproximarse a ella, la “etnoarqueología”, que consiste en interpretar restos materiales a través del relato hablado de los pueblos descendientes. Una metodología pionera en la década de los 70 y 80, época en que ella y su

equipo empezaron a aplicarla en sus viajes a terreno al Norte Grande. En esos años, los arqueólogos se limitaban a estudiar piedras y cerámicas. Victoria Castro y su equipo quisieron ir más allá, permitiendo que los mismos pueblos andinos los instruyeran sobre sus antecesores. Eran tiempos distintos. "Un periodo heroico", define Carlos Aldunate. No existían fondos como los del Fondecyt ni Conicyt. Los integrantes del grupo viajaban al norte en micro. Victoria manejaba un jeep

al que le decían "el camión".

-No pasaba inadvertida -recuerda Aldunate-. Vicky era absolutamente sensacional.

En el laboratorio de su casa Victoria dice:

-A mí, de manera natural, me nació ir conversando con los pueblos andinos. Era absurdo estudiar al lado de los descendientes de ese pueblo originario precolombino y no aprender de ellos.

Desde ese entonces y hasta ahora, Victoria Castro se ha convertido en un referente entre arqueólogos por invitar a sus trabajos en terreno a especialistas de otras áreas -como biólogos, lingüistas y botánicos-, quienes le han develado más información sobre los vínculos que los pueblos del pasado tenían con su entorno. Es conocida por impulsar esa interdisciplinariedad.

-Así he podido ir constituyendo un paisaje cultural. Puedo comprender mucho mejor cómo ellos perciben su paisaje, al punto de que hay veces que escribo cosas que solo los pueblos andinos van a entender y tengo que traducirlas.

Victoria cuenta que hace clases en el Diplomado de Escuela Andina en San Pedro de Atacama, que está dirigido a pueblos originarios.

-A ellos les hago cursos de

etnoecología. Les devuelvo lo que sus abuelos me enseñaron a mí hace veinte años. "Es una vuelta de mano", les digo yo.

## EL PESO DE LA DISCRIMINACIÓN

Victoria Castro egresó de Arqueología en 1974 y de Pedagogía en Filosofía en 1978. En esa fecha la educación era gratuita, y asegura no haberse sentido nunca discriminada por ser mujer en la universidad. Pero sí sabe lo que es la discriminación. La vivió en carne propia, desde niña, por ser morena.

—Cuando mi padre murió, una tía se fue a vivir con nosotros. Ella era tremendamente racista —recuerda—. La gente de la familia era más clara. Yo sentí esa discriminación al punto que andaba con un chaleco para taparme mis brazos en el verano. Me daba nervio que me dijera cosas. (...) Cuando falleció mi mamá, no la vi más, y me despreocupé de ese tema.

De adulta, sin embargo, ha vuelto a vivir sensaciones similares muchas veces, aunque no en episodios concretos.

—Es una cuestión distribuida cotidianamente. Es algo muy fuerte, pero no vivo preocupada de ello —dice del que considera un fenotipo "muy nortino", que le ha permitido a la vez generar "cercanía" con las comunidades locales.

—Mucha gente siente esta discriminación en nuestro país. Todo eso hace sentir que ciertas figuras, con una estampa europea, son más selectas. Es una formación hogareña que marcó a muchas generaciones —sigue—. Yo creo (que la discriminación) está tan distribuida socialmente que (solo se erradicará) cuando este país valore su identidad mestiza, de diversidad, de miles de entradas sociales, políticas e ideológicas.

Victoria asegura que a ella la salvó la educación.

—Cuando tienes la herramienta de la educación te defiendes muy bien —dice—. Perdonas al otro porque lo

consideras ignorante. El clasismo, el racismo y el arribismo son producto de la ignorancia. Cuando tienes educación no tienes una actitud opacada ni reprimida. Te niveles con cualquier idea que tenga la gente de ti. Cualquier idea que no sea positiva la puedes revertir. Aprendes a valorarte.

Victoria venció esas barreras sociales con creces. Ha formado a varias generaciones de arqueólogos y antropólogos culturales, que hoy son el núcleo científico chileno que promueve la investigación innovadora en el campo de la arqueología, la antropología, la etnología y la ecología. Y lo ha hecho con esa

mirada abierta sobre el mundo. Mauricio Uribe, hoy director de la Sociedad Chilena de Arqueología y alumno suyo, lo corrobora:

–(Ha hecho que cada uno de nosotros) nos involucremos en reproducir la idea de un Chile multicultural que no responde a una única raza, sino que a una diversidad de pueblos que lo han construido por miles de años. Tomar conciencia de eso, comunicarlo y reproducirlo, evidentemente ha sido parte de esa labor formadora, y eso no solamente en las aulas. Ella transmite una idea de pasado no como algo remoto, no algo exótico que está por allá al

fondo en una caja guardado en una pieza oscura, sino que algo que está presente cotidianamente y en distintos ámbitos, y por lo tanto es un tema que debe preocuparnos.

## LA VIDA ES FINITA

La primera vez que Victoria Castro visitó el Norte Grande fue en 1966, y desde entonces no lo abandonó. Al tiempo tuvo dos hijos (y uno más vendría en camino) pero con su marido, Fernando Maldonado, “el flaco”, no había problemas para tumarse en su cuidado. Lo había conocido en Arqueología, carrera que él abandonó formal pero no definitivamente, porque siguió haciendo trabajos topográficos y luego fotográficos, los mismos que hoy ilustran las páginas de libros del Museo de Arte Precolombino. Las estadías en el norte podían prolongarse hasta diez días o más. Victoria era la única mujer que permanecía ahí. En el Norte Grande la fascinaba la sensación de inmensidad.

–Siempre me atrajo la dimensión de mundo que hay en la tierra alta. Lo puedes caminar y comprender todo. Ves a la gente amando su territorio. Algo que en la ciudad no se suele ver. Ves la naturaleza. Te fijas en detalles que jamás podrás en medio del cemento. Estás muy bien acogida por gente en un lugar que no es tu casa.

Victoria solo interrumpió sus visitas al norte en 2009, cuando sufrió un infarto al corazón, que atribuye a su excesiva carga laboral de entonces y a la despreocupación de su salud: fumaba en exceso, casi no dormía. Le advirtieron que tenía un 12% de probabilidad de vivir, pero ella y “el flaco” lo entendieron de manera inversa. Pensaron que en la operación había un doce por ciento de probabilidad de error.

–No sé si habrá sido una forma de protegernos –dice.

La operación resultó exitosa y Victoria estuvo hospitalizada solo cinco días.

–A mí me sacaron el corazón para afuera, lo conectaron a una máquina y después lo pusieron de

nuevo –dice.

Fue difícil, sobre todo al principio. Cuenta que no tenía fuerza ni para levantar un libro.

–Durante tres meses yo sentí que si iba a quedar así (como anestesiada), no tenía muchas ganas de nada.

Dice que recién mientras se recuperaba empezó a entender la gravedad de su estado de salud. Y experimentó la “alegría” de estar viva.

–La certeza de ser una sobreviviente es muy especial: sabes que vas a seguir viviendo, que es un tiempo regalado. Pero después que lo sientes así, sabes que es un tiempo que tiene un fin. (Después de la operación) retomé todo de a poco y me di cuenta de que antes trabajaba mucho.

Victoria dice que cuando uno vive una situación límite, el “proceso de maduración emocional e intelectual” se acelera.

–Hoy creo que no tengo temores desde mi perspectiva de mujer. Nada en relación a mí misma. Uno valora muchísimo lo que tiene, dónde está, y tiene mucha más paciencia con el mundo.

Reconoce, sin embargo, que no todo ha sido fácil en su carrera.

–He tenido un compañero ejemplar y unos hijos comprensivos, pero el costo ha sido no haber estado tanto con ellos. Siempre estoy trabajando, hasta el día de hoy.

Cinco meses después de la operación al corazón, Victoria estaba haciendo clases. A los ocho, ya estaba yendo a terreno. Es algo que sigue haciendo en la actualidad.

–Voy, pero lenta, apoyada por los estudiantes cuando tengo que subir un cerro o cosas así. Si me dan la mano para saltar yo me siento feliz, no me siento aporreada. Uno entiende que está mayor y más frágil. Todavía cuando camino muy rápido me canso o a veces el asma me martiriza el corazón. Y de verdad hay cosas que ya no hago.

Victoria sonríe.

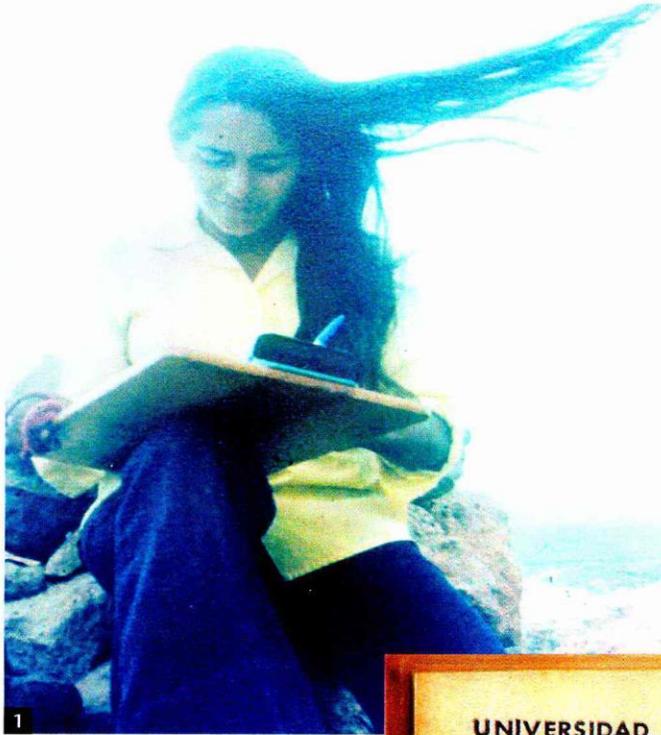
–Pero sí me gustaría que los días duraran el doble. **ya**



De joven, entre sus compañeros, Victoria tenía fama de "adivina", porque sabía dónde ir a buscar vestigios. Hoy es Profesora Emérita de la Universidad de Chile y también hace clases en la Universidad Alberto Hurtado.

“LE TOMÉ  
HARTO GUSTO  
AL ESTUDIO.  
**ERA UN ESCAPE.**  
**ME HACÍA FELIZ**  
**FRENTE A TANTO**  
**DRAMA.** A VECES  
PASABA FRÍO,  
TENÍA POCA  
ROPA, PERO  
NADA TERRIBLE”,  
DICE SOBRE SU  
JUVENTUD.





1. EN LA ALDEA LIKAN, EN TOCONCE, EN 1973. 2. CONSIDERA SU FENOTIPO "MUY NORTINO" Y FAMILIAR PARA LOS PUEBLOS ANDINOS. 3. TOMÓ CURSOS DE ARQUEOLOGIA CUANDO NO EXISTÍA EL PREGRADO. 4. AL JEEP QUE CONDUCÍA EN LOS 70, LE DECÍAN "EL CAMIÓN", ACÁ JUNTO A COLEGAS EN TURI. 5. EN 1975, JUNTO A JUANA COPA, UNA HABITANTE DE TOCONCE. 6. CON SU MARIDO (AL CENTRO) SUS TRES HIJOS, FERNANDO, PABLO Y ANTONIO Y CONSTANZA, UNA AMIGA DE LA FAMILIA (ATRÁS), EN VICHUQUEN, EN 1986.



CARLA DANNEMANN

"Nosotros vemos oro donde otros ven peñascos", dice Victoria, quien se ha convertido en un referente entre los arqueólogos por convocar a sus terrenos a especialistas de diversas áreas.

VICTORIA FUE PIONERA EN CHILE EN LA ETNOARQUEOLOGÍA. **"ERA ABSURDO ESTUDIAR AL LADO DE LOS DESCENDIENTES DEL PUEBLO ORIGINARIO PRECOLOMBINO Y NO APRENDER DE ELLOS"**, DICE.

---

“ES UNA  
CUESTIÓN  
DISTRIBUIDA  
COTIDIANAMENTE.  
ES ALGO  
**MUY FUERTE**,  
PERO NO VIVO  
PREOCUPADA DE  
ELLO”, **DICE DE LA  
DISCRIMINACIÓN  
QUE HA**  
EXPERIMENTADO  
POR SER MORENA.

---

